



CUENTOS
DE
FANTASMAS

M. R. JAMES

«En el polo opuesto al genio de Lord Dunsany, y dotado de una fuerza casi diabólica para invocar suavemente el horror, partiendo del centro mismo de la prosaica vida diaria, se sitúa el erudito Montague Rhodes James, preboste del Eton College, arqueólogo de renombre, y reconocida autoridad en manuscritos medievales e historia de las catedrales. (...)

El arte de M. R. James no es en absoluto casual, y en el prefacio de una de sus colecciones formula tres reglas muy acertadas de la composición macabra. El relato de fantasmas, según él, debe tener un marco familiar a la época moderna, a fin de acercarse lo más posible al ámbito de la experiencia del lector. Sus fenómenos espectrales, además, deben ser malévolos más que beneficiosos, ya que la emoción que hay que suscitar ante todo es el miedo. Por último, debe evitarse escrupulosamente la jerga técnica del "ocultismo" o pseudociencia, con objeto de que la verosimilitud casual no se vea ahogada por una pedantería nada convincente.

El Dr. James, practicando lo que predica, aborda sus temas de una manera ligera y frecuentemente coloquial. Crea una ilusión de acontecimientos cotidianos e introduce sus fenómenos anormales cauta y gradualmente, realizándolos a cada paso con detalles sencillos y prosaicos, y sazónándolos a veces con una pizca o dos de erudición arqueológica. Consciente de la estrecha relación entre la espectralidad actual y el acervo tradicional, aporta remotos antecedentes históricos para sus incidentes, lo que le permite utilizar con toda propiedad sus conocimientos exhaustivos del pasado y su dominio convincente del lenguaje y el colorido arcaicos.»

H. P. LOVECRAFT

INTRODUCCIÓN

SE ha dicho con razón que el cuento de fantasmas, si no el más excelso, es seguramente el más exigente género literario, y posiblemente el único en el que apenas cabe un término medio entre el éxito y el fracaso. O sale bien o es un chasco. Todo depende del uso que se haga de sus bazas fundamentales: la concisión estilística y la habilidad para crear la atmósfera adecuada. Algunos autores introducen además un humorismo socarrón que, a la, par que ahuyenta las posibles renuencias del lector, prepara el camino a la aparición fantasmal, punto crucial de la narración en donde ésta se juega su credibilidad y, por tanto, su acierto. Tal es el caso del Dr. M. R. James, escritor inglés que representa sin duda el culmen de este apacible género sin pretensiones, de tanta raigambre en la literatura anglosajona del siglo pasado.

La figura de Montague Rhodes James (1862-1936) se aparta por completo de lo que parecería lógico esperar en un típico cultivador del género terrorífico. Lejos del mundo alucinado y tortuoso que caracterizó a Poe o Le Fanu, sus más ilustres antecesores, James fue en realidad un típico erudito Victoriano que se divertía escribiendo, medio en broma, apasionantes ghost stories. Educado en el elitista colegio de Eton (del que más tarde sería director) y en la Universidad de Cambridge (donde llegó a ser decano del King's College), se interesó sucesivamente por la arqueología (excavó en Chipre y dirigió el Eitzwilliam Museum), la paleografía (catalogó innumerables manuscritos antiguos y medievales, y editó en facsímil y prologó el Romance of

Alexander conservado en la Biblioteca Bodleiana de Oxford), la filología, el arte eclesiástico (descubrió un mural del siglo XV en la capilla de Eton y restauró los vitrales de la capilla del King's College), las antigüedades (fue miembro de la Society of Antiquaries), los estudios históricos y bibliográficos, e incluso la traducción (vertió al inglés los cuentos de Andersen y los Evangelios Apócrifos), el ensayo y la disertación académica.

Reducido el alcance de su vasta y meritoria obra erudita a unos cuantos círculos minoritarios, el nombre de M. R. James ha logrado la celebridad pública curiosamente gracias a sus cuentos de fantasmas, recogidos en cinco volúmenes: *Ghost Stories of an Antiquary* (1904), *More Ghost Stories* (1911), *A Thin Ghost and Others* (1919), *A Warning to the Curious* (1925) y *The Collected Ghost Stories* (1931) que agrupa los anteriores y añade otros nuevos hasta completar la cifra definitiva de treinta y uno, de los cuales se han seleccionado dieciséis para la presente antología.

Sin apartarse del todo de las convenciones que rigen el relato fantasmal Victoriano, matizadas por él mismo en el prólogo a la antología de diversos autores titulada *Ghosts and Marvels* (1924), James creó un tipo completamente nuevo de fantasma. Su desdén por los procedimientos góticos tradicionales es evidente: en lugar de patéticos y lívidos espectros, sus fantasmas son extravagantes (y a veces ridículas) abominaciones infernales, en tanto que a la plúmbea seriedad de la novela negra con sus torpes explicaciones racionalistas contrapone un sano humor que anima todo el relato y una lacónica ambigüedad expositiva que, arrojando una sombra de incertidumbre sobre los acontecimientos narrados, deja un resquicio a la aclaración natural, aunque en su opinión «este resquicio debe ser tan estrecho que apenas sea practicable».

No siendo su fuerte la creación de una atmósfera envolvente y opresiva, al estilo de Machen, su técnica se basa más bien en la acertada dosificación de efectos que confi-

gura un suspense in crescendo en el que cada indicio del peligro latente que amenaza al protagonista es anticipado al lector, manteniéndose así la tensión hasta el final.

Otro «toque» característico suyo es la introducción de cierto grado de realismo, lo que él llama el «marco familiar». La mayoría de sus personajes actúan, hablan y se mueven en un ámbito cercano a las experiencias cotidianas del potencial lector, aunque en un sutil juego distanciador; los fenómenos espectrales acaecidos suelen tener un antecedente histórico más o menos remoto que permite a su autor hacer gala de sus vastos y doctos conocimientos. En efecto, sus personajes favoritos son trasuntos del propio James, plácidos, recatados, ecuánimes y libres de toda sospecha en relación con lo ominoso: arqueólogos (Aviso a los curiosos), anticuarios (El diario de Mr. Poynter), expertos en paleografía (El maleficio de las runas), latinistas (El tesoro del abad Thomas), estudiosos de la Biblia (El tratado Mid-doth), historiadores (El número 13), bibliotecarios, etc. Y sus escenarios naturales reflejan el ambiente erudito en él habitual: bibliotecas, archivos, capillas, camposantos, olvidadas posadas rurales, etc., haciéndonos compartir su gusto por los libros viejos, los manuscritos de otras épocas, los diarios personales, los registros parroquiales, las citas bíblicas o latinas, las mansiones con historia, los antepasados enigmáticos y siniestros, etc.

A falta de una mayor profundidad psicológica, sus cuentos seducen por su minuciosa riqueza documental (de dudosa verosimilitud, pero de perdurable impacto, recurso popularizado más tarde por Lovecraft al inventarse el celebérrimo Necronomicon) y sus sabrosos comentarios sobre las prácticas y costumbres de la sociedad inglesa de los tres últimos siglos, en medio de los cuales surge un maleficio procedente del pasado que inadvertidamente despierta de su sueño secular para hechizar determinado lugar (El número 13), generar un peligro oculto ligado a algún talismán (El

grabado) o *conjurar los espíritus de los difuntos* (La casa de muñecas).

Relatados en tercera persona por un narrador impersonal que utiliza profusamente ciertas figuras retóricas como la alusión o la atenuación, estos inimitables y originales cuentos poseen, sin duda, un encanto especial que, como ha señalado Louis Vax, «no deriva tanto de la índole angustiosa del tema tratado cuanto del arte del cuentista». Arte que aúna a la perfección el humor y el horror en una estructura engañosamente simple y concisa pero de una rotunda eficacia en cuanto a su objetivo principal: sembrar la inquietud y despertar el miedo del escéptico y reacio lector moderno.

J. A. Molina Foix

Cuentos de fantasmas

RATAS

—Y si ahora tuvieses que atravesar los dormitorios, verías las sábanas, rasgadas y mohosas, ondulando una y otra vez como si fueran mares.

—Pero... ¿a causa de qué? —dijo.

—Bueno, a causa de las ratas que hay debajo.

PERO ¿se debía ese movimiento a las ratas? Lo pregunto porque en otra ocasión no fue así. No puedo establecer la fecha de mi historia, pero yo era joven cuando la escuché, y quien me la contó era un anciano. No lo puedo culpar por la escasa armonía de su relato; por el contrario, yo asumo toda la responsabilidad.

Sucedió en Suffolk, cerca de la costa. En ese lugar el camino presenta un repentino declive y luego, también repentinamente, se eleva; si uno se dirige hacia el norte, sobre esa cuesta y a la izquierda del camino, se yergue una casa. Es un edificio alto, estrecho en proporción, de ladrillo rojo; lo construyeron, tal vez, hacia 1770. Corona el frente un tímpano triangular, con una ventana circular en el centro. En la parte trasera se encuentran los establos y las dependencias del servicio; detrás de ellos, el jardín. Descarnados abetos escoceses crecen cerca de la casa y la circundan extensos campos de aulagas. A lo lejos, desde las ventanas frontales más altas, puede distinguirse el mar. Frente a la puerta cuelga un cartel; o colgaba, pues aunque esta casa fue en otro tiempo una famosa posada, creo que ha dejado ya de serlo.

Fue a esta posada a donde llegó, un hermoso día de primavera, mi amigo Mr. Thomson. Era entonces un joven que venía de la Universidad de Cambridge, deseoso de pasar algunos días en un alojamiento aceptable, a solas, y con tiempo para leer. Por cierto, encontró lo que buscaba, pues el posadero y su mujer tenían la suficiente experiencia en su oficio como para hacer sentir cómodo a un huésped y, además, no había ningún otro visitante en el lugar. Le asignaron una amplia habitación en el primer piso, desde la que podía verse el camino y el paisaje; estaba, lamentablemente, orientada hacia el este, pero, en fin, nada es perfecto. La casa, por lo demás, era cálida y de buena construcción.

Mi amigo pasó allí días tranquilos y apacibles: trabajaba toda la mañana; por la tarde solía pasear por los alrededores, al anochecer conversaba un poco con los campesinos o la gente de la posada, frente a un estimulante vaso de aguardiente con agua; luego leía y escribía un poco antes de retirarse a dormir; le habría gustado continuar esta rutina durante todo el mes que tenía a su disposición, tanto progresaba su trabajo y tan hermoso era abril ese año, el cual tengo motivos para sospechar que fue aquel que Orlando Whistlecraft registra en sus anotaciones meteorológicas como el «Año de las Delicias».

Uno de sus paseos lo condujo por el camino del norte que, elevándose, atraviesa una amplia extensión desierta, convertida en brezal. Gracias a la nitidez de la tarde pudo vislumbrar, a varios cientos de yardas a la izquierda del camino, un objeto blanco, e inmediatamente creyó necesario averiguar de qué se trataba. Al cabo de pocos minutos, se halló frente a un bloque de piedra —algo así como la base de un pilar— con un agujero cuadrado en su cara superior. Era similar al que hoy puede apreciarse en Thetford Heath. Lo observó con detenimiento y contempló el paisaje unos instantes: una o dos torres de iglesia, los techos rojos de algunas casitas cuyas ventanas relumbraban al sol, y la super-

ficie del mar, también sembrada de ocasionales destellos; después prosiguió su camino.

La multiplicidad de temas inconexos que solían tratarse en las charlas vespertinas le permitió esa tarde preguntar en el bar de la posada el porqué de esa piedra blanca en el brezal.

—Es muy antigua esa piedra —dijo el posadero, Mr. Betts—. Ninguno de nosotros había nacido cuando la colocaron.

—Es cierto —afirmó otro.

—Está en un lugar bastante alto —observó Mr. Thomson—. Tal vez en otro tiempo sirvió de sustento a una baliza.

—Oh, sí —asintió Mr. Betts—. Escuché decir que podía verse desde los barcos; bueno, fuera lo que fuese, lo cierto es que se hizo pedazos hace mucho tiempo.

—Mejor —dijo un tercero—. Traía mala suerte, eso decían los viejos; mala suerte para la pesca, quiero decir.

—¿Y por qué? —preguntó Thomson.

—Bueno, yo nunca supe por qué —fue la respuesta— pero ellos, esos tipos de antes, tenían algunas ideas raras, quiero decir extravagantes; no me asombraría que ellos mismos la hubiesen destruido.

A Mr. Thomson le fue imposible obtener información más precisa al respecto; el grupo —que nunca se había distinguido por su locuacidad— adoptó una actitud taciturna y cuando alguien se atrevió a hablar fue para referirse a cuestiones locales y a las cosechas. Ese alguien fue Mr. Betts.

Mr. Thomson no tenía tantas consideraciones a su salud como para resignarse a una caminata diaria. Así, las tres de la tarde de un hermoso día lo sorprendieron escribiendo activamente en su habitación. Entonces, desperezándose, se levantó y salió al pasillo. Había, frente al suyo, otro cuarto; luego, el rellano de la escalera y otras dos habitaciones; una miraba hacia la parte trasera, la otra hacia el sur. En el extremo sur del pasillo había una ventana, y a ella se dirigió

mientras pensaba que realmente era una pena estar encerrado una tarde tan hermosa. Sin embargo, su trabajo era lo principal en ese momento; así que decidió robarle rio más de cinco minutos y luego retomarlos; pensó en emplear esos cinco minutos —acaso los Betts no tuvieran nada que objetar— en recorrer las otras habitaciones del pasillo, en las que, por lo demás, nunca había estado. Nadie, al parecer, las ocupaba en ese momento; probablemente, por ser día de mercado, todos habían ido a la ciudad, con la única excepción, tal vez, de la criada que atendía el bar. Una absoluta quietud reinaba en toda la casa, sobre la que se abatía pesadamente el calor del sol; las moscas zumbaban contra los vidrios de los ventanales. Mr. Thomson inició su exploración. Nada de especial había en el cuarto que enfrentaba al suyo, salvo un viejo grabado que representaba Bury St. Edmunds; los dos restantes, que estaban a su lado en el pasillo, eran limpios y alegres; lo único que los distinguía de su propio cuarto, que tenía dos ventanas, era poseer sólo una. Quedaba por ver la habitación del sudoeste, frente a la última a la que había entrado. Estaba cerrada, pero Thomson sentía una curiosidad tan irresistible que, seguro de que no sorprendería ningún secreto prohibido en un sitio de tan fácil acceso, fue a buscar las llaves de su propio cuarto, y como éstas no le sirvieron, recogió luego las de los otros tres. Con una de ellas pudo abrir la puerta.

La habitación tenía dos ventanas —una hacia el sur, otra hacia el oeste— y, por lo tanto, el persistente sol provocaba un calor sofocante. No había alfombras, sólo el piso desnudo; tampoco cuadros, ni lavabo; veíase, en el rincón más alejado, una cama. Era una cama de hierro, con colchón y almohadas, cubierta por una colcha azul, hecha jirones. Era la habitación más anodina que pueda imaginarse; sin embargo, había allí algo que obligó a Thomson a cerrar la puerta con suma rapidez y cuidado, y a apoyarse, trémulo, contra la ventana del pasillo.

Alguien yacía bajo la colcha y además se agitaba. No cabía duda de que se trataba de *alguien*, no de *algo*, pues sobre la almohada se destacaba la forma inconfundible de una cabeza. Sin embargo, la colcha la tapaba por completo, y sólo un muerto yace con la cabeza cubierta; pero ese alguien no estaba muerto, no realmente muerto, porque jadeaba y se estremecía. Si Thomson hubiese contemplado tal escena en el crepúsculo, o a la incierta luz de una vela, nada le habría costado convencerse de que se trataba de una fantasía. En esa tarde resplandeciente ello era imposible. ¿Qué debía hacer? Primero, cerrar la puerta con llave, costara lo que costase. Se aproximó con cautela y se inclinó para escuchar. Contuvo el aliento; acaso oyera el sonido de una pesada respiración, a la que podía atribuirle una explicación prosaica. El silencio era total. Cuando, con mano vacilante, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar, ésta rechinó y en el acto escucháronse pasos tambaleantes y penosos, que avanzaban hacia la puerta. Thomson huyó como un conejo hacia su habitación, donde se encerró con llave; sabía que era en vano —¿de qué podían servir puertas y cerrojos ante lo que sospechaba?—, pero era todo cuanto se le ocurrió en ese momento y, de hecho, nada sucedió. Sólo lo asaltaron el terror de la espera y las atroces dudas sobre la decisión a adoptar. Su primer impulso fue, por supuesto, abandonar lo antes posible una casa que albergaba huésped tan nefasto. Pero precisamente el día anterior había asegurado que se quedaría por lo menos una semana más y, en caso de cambiar sus planes, de ningún modo podría evitar que sospecharan su participación en asuntos que por cierto no le concernían. Además, o bien los Betts conocían la existencia del extraño huésped (y sin embargo no abandonaban la casa), o bien la ignoraban (lo cual también evidenciaba que no había nada que temer), o bien sabían sólo lo suficiente como para cerrar la habitación, pero demasiado poco como para alarmarse; en cualquiera de esos casos, parecía obvio que no existía nada digno de temor;

su propia experiencia, por lo demás, no había sido tan terrible. Quedarse, en todo caso, implicaba menos esfuerzo.

En fin, permaneció allí la semana prevista. Nada advirtió al pasar junto a esa puerta; deteníase con frecuencia, a una hora tranquila del día o de la noche, en el pasillo, para escuchar, pero por más atención que prestara no percibía sonido alguno. Habría sido lógico, tal vez, que Thomson intentara averiguar historias relacionadas con la posada, no interrogando a Betts sino al párroco o a la gente más vieja de la aldea; pero no lo hizo: era presa de esa reserva que suele dominar a la gente que padeció experiencias extrañas y cree en ellas. Sin embargo, al acercarse el fin de su estancia, la necesidad de una explicación se tornó más perentoria. Durante sus paseos solitarios se dedicó a forjar un plan que le permitiera, del modo más discreto posible, indagar una vez más ese cuarto a la luz del día. Concibió, finalmente, este ardid: debía marcharse por la tarde, en el tren de las cuatro; cuando el cabriolé lo aguardara con el equipaje, haría una última incursión al piso alto para examinar su propio dormitorio y verificar si no olvidaba nada; luego, con esa misma llave, previamente aceiteada —¡como si eso valiera de algo!— abriría una vez más, sólo por un instante, la puerta de la otra habitación, y la volvería a cerrar.

Así lo hizo. Pagó la cuenta. Toleró una charla breve y convencional mientras trasladaban su equipaje al cabriolé.

—Un hermoso lugar, por cierto... estuve muy cómodo, gracias a usted y a Mrs. Betts... espero volver en otra oportunidad.

—Encantados de que esté satisfecho, señor. Hicimos todo lo posible... encantados de recibir sus elogios... El tiempo, en realidad, nos ayudó mucho.

Y luego:

—Iré arriba a ver si olvidé un libro o alguna otra cosa; no, no se moleste, vuelvo en un minuto.

Y tan silenciosamente como pudo, se deslizó hasta la puerta y la abrió. ¡La ruptura de una ilusión! Casi estalló en

carcajadas. Apoyado, casi podría decirse que sentado, sobre el borde de la cama, había... ¡pues nada más que un espantapájaros! Un espantapájaros que habían sacado del jardín, por supuesto, y arrinconado en esa habitación en desuso... Sí, pero de pronto toda la comicidad de su hallazgo se desvaneció. ¿Acaso los espantapájaros tienen pies calzados que, en su desnudez, muestran los huesos? ¿Acaso sus cabezas cuelgan sobre los hombros? ¿Acaso tienen grillos de hierro y trozos de cadenas alrededor del cuello? ¿Acaso pueden incorporarse y avanzar, aunque sea con tanta rigidez, a través de una habitación, meneando la cabeza, con los brazos caídos junto al cuerpo? ¿Y pueden, acaso, temblar?

Dio un portazo, se precipitó hacia las escaleras, las bajó de un salto y, finalmente, perdió el sentido. Al despertar, Thomson vio a Mr. Betts, que se inclinaba sobre él con una botella de aguardiente y le dirigía una mirada de reconvencción.

—No debería haberlo hecho, señor, de veras que no. No es ése el modo de tratar a gente que hizo por usted todo lo que pudo.

Thomson escuchó otras frases similares, pero jamás pudo recordar qué respondió. A Mr. Betts, y tal vez aún más a Mrs. Betts, le resultaba difícil aceptar sus disculpas, por más que él alegaba que nada diría que pudiese perjudicar el buen nombre de la casa. Debieron sin embargo aceptarlas. Como Thomson ya no podía alcanzar el tren, se hicieron los arreglos necesarios para que esa noche durmiera en la ciudad. Antes de que se fuera, los Betts le contaron lo poco que sabían.

—Dicen que era, hace mucho tiempo, el dueño de esta propiedad y que protegía a los bandoleros que acechaban en el brezal. Al fin recibió su merecido: lo colgaron con cadenas, según dicen; levantaron el cadalso allí donde está la piedra blanca. Los pescadores se lo llevaron porque, según creo, lo veían desde el mar y les impedía tener buena pes-

ca, o por lo menos eso pensaban. A nosotros nos lo contaron los anteriores propietarios. «Mantengan cerrado ese cuarto», nos dijeron, «pero no saquen la cama; entonces no tendrán ningún problema». Y nunca lo tuvimos; ni una vez salió de la habitación, aunque ahora no sé qué pasará. De todos modos, usted es el primero que lo ha visto desde que estamos aquí; yo mismo no lo miré nunca, ni quiero hacerlo. Como hicimos las habitaciones de los sirvientes junto al establo, no tuvimos ningún problema con ellos. Lo único que espero, señor, es que mantenga la boca cerrada. ¿Usted sabe lo perjudiciales que podrían ser ciertas habladerías...? —y siguieron otros ruegos del mismo tenor.

Mr. Thomson mantuvo su promesa durante muchos años. Yo conocí esta historia gracias a un incidente peculiar: cuando Mr. Thomson vino a visitar a mi padre, se me encomendó que le indicara su habitación, pero él, en lugar de permitir que le abriera la puerta, se me adelantó y la abrió por sí mismo; luego permaneció varios minutos en el umbral y escudriñó con insistencia, a la luz de la vela, el interior del cuarto. Al fin pareció recobrase y se disculpó:

—Lo siento. Sé que es absurdo, pero jamás puedo evitar hacerlo, por un motivo muy particular.

Días más tarde, conocí ese motivo tan particular, y ustedes acaban de conocerlo.